

*El marchitamiento del vicio y
la revolución sexual*



por Albert Mohler

¿Cómo llegamos aquí?

La pregunta sigue siendo, ¿cómo sucedió todo esto? Como ya se señaló, la revolución sexual no surgió en el vacío. Las sociedades modernas crearon un contexto para la revolución moral que nunca antes había estado disponible en términos intelectuales. En otras palabras, ciertas condiciones culturales tenían que prevalecer para que la revolución obtuviera la tracción que necesitaba para tener éxito. Una de las cosas que debemos tener en cuenta es que estamos viendo una revolución explícitamente cosmopolita.

Urbanización, tecnología y el debilitamiento de la familia

La modernidad y la modernización trajeron la urbanización de tal manera que un mayor número de personas ahora vivía en las ciudades, y las ciudades dieron forma a la cultura. Por extraño que pueda parecer, incluso cuando la ciudad es una concentración de seres humanos, en realidad ofrece una oportunidad sin precedentes para el anonimato. Muchos observadores de la revolución sexual apuntan al hecho de que, desde el principio, esta fue una revolución *cosmopolita*, que surgió primero en las ciudades y luego se extendió al resto de la cultura.

Este mismo período también vio el debilitamiento de la unidad familiar, a medida que nuevas voces morales surgieron como atractivas y autoritarias en las vidas de la gente moderna. Para algunos estadounidenses más jóvenes, esto significaba que la llegada al campus de la universidad presentaría al profesor en el aula como una alternativa clara a la moralidad que habían enseñado los padres en el hogar. Esto era cierto ya en la década de 1930 y la década de 1940 y ahora se entiende que es la expectativa en los campus universitarios estadounidenses. Al mismo tiempo, la secularización de estas sociedades e instituciones significaba que el cristianismo y sus autoridades, incluida la Biblia y sus maestros, quedarían relegados a voces con cada vez menos autoridad y tracción cultural a medida que la secularización avanzara en la cultura más amplia.

Los avances tecnológicos también alimentaron la revolución sexual. Los pornógrafos, por ejemplo, han aprovechado cada nueva tecnología desde la imprenta hasta los últimos avances digitales. Por supuesto, el logro más tecnológico para la nueva moralidad sexual fue la llegada de anticonceptivos y antibióticos. Dicho sin rodeos, siempre y cuando el sexo entre un hombre y una mujer implique la probabilidad de un embarazo, hubo cierto control sobre la actividad sexual extramatrimonial. Una vez que llegó la píldora, con todas sus promesas de control reproductivo, un control biológico sobre la inmoralidad sexual que había dado forma a la existencia humana de Adán y Eva se eliminó casi instantáneamente. La revolución sexual no podría haber tenido lugar sin la llegada de anticonceptivos efectivos, baratos y disponibles.

Mientras que muchos académicos reconocen la importancia de la nueva tecnología anticonceptiva en la revolución sexual, menos estudiosos han notado que la revolución sexual no habría progresado a la misma velocidad sin la aparición de antibióticos. Esto se debe al hecho de que un control importante sobre la inmoralidad sexual a lo largo de la historia humana ha sido la enfermedad. Como el economista de la Universidad Emory Andrew Francis ha observado: *“Es una suposición común que la revolución sexual comenzó con las actitudes permisivas de la década de 1960 y el desarrollo de anticonceptivos como la píldora anticonceptiva. La evidencia, sin embargo, indica fuertemente que el uso generalizado de la penicilina, que condujo a un rápido declive de la sífilis durante la década de 1950, es lo que lanzó la era sexual moderna”*. Esa es una observación muy importante. Como lo revelará una revisión de la literatura médica, la gran reducción en los casos de sífilis que se registraron en la década de 1950 indica, no que los estadounidenses se dedicaban a menos inmoralidad sexual, sino que ahora recibían ayuda e instigación de la penicilina, eliminando los horripilantes efectos de la sífilis a partir de la ecuación moral. Claramente, no queremos volver a una edad sin antibióticos. Estamos agradecidos por los medicamentos y las

tecnologías médicas que salvan vidas. Ciertamente no rechazamos todo lo que la modernidad nos ha traído. Al mismo tiempo, los cristianos deben reconocer que cada nueva tecnología trae nuevos desafíos éticos y morales, y a menudo también consecuencias imprevistas.

Ciencia y la revolución sexual

La revolución sexual tampoco podría haber tenido lugar sin el cambio intelectual fundamental que llevaría a los estadounidenses a creer que una revolución en la moral sexual era inevitable y correcta. Una de las principales ayudas para hacer este argumento fue la llegada de “expertos” en sexualidad que argumentaron que la ciencia demostraría la necesidad de una revolución en la moralidad. La figura más importante en este aspecto de la revolución fue Alfred C. Kinsey. En dos libros, *Comportamiento sexual en el hombre humano* y *Comportamiento sexual en la mujer humana*, publicado en 1948 y 1953, respectivamente, Kinsey se convirtió en uno de los principales agentes de la revolución moral. [2]

Como sabemos ahora, la investigación de Kinsey fue fraudulenta desde el principio. Por un lado, sacó su muestra de investigación de aquellos que ansiosamente se ofrecieron como voluntarios para sus estudios, incluyendo un porcentaje considerable de hombres en las cárceles. Ningún investigador creíble daría crédito alguno a las afirmaciones estadísticas que hizo Kinsey sobre el comportamiento sexual, pero los medios lo hacen. Sin embargo, el texto real del libro de Kinsey era mucho menos importante para los revolucionarios sexuales que su efecto cultural. Aquellos que leen el libro con cuidado habrían llegado al horrible reconocimiento de que Kinsey estaba inclinando su investigación hacia la población con más probabilidades de vivir fuera de lo que tanto el cristianismo como la sociedad en general entendían como una sexualidad adecuada. Peor aún, su libro en realidad incluía datos que solo podrían haber sido extraídos del abuso sexual de niños.

Entre los teólogos

Sin embargo, aun cuando muchas iglesias cristianas continuaron manteniendo las claras enseñanzas de la Escritura, e incluso cuando muchos pastores y teólogos defendieron la tradición moral cristiana y la autoridad bíblica, hubo quienes dentro del cristianismo institucional hicieron todo lo posible para unirse a la revolución sexual. Los revolucionarios sexuales encontraron una gran ayuda en la forma de Joseph Fletcher y su libro, *Ética de la Situación*, publicado en 1966. Fletcher, que alguna vez fue profesor de Ética Social Cristiana en la Escuela Episcopal de Teología en Cambridge, Massachusetts y decano de la Catedral Episcopal St. Paul en Cincinnati, abogó por una nueva comprensión de la ética cristiana que llamó “situación ética.” “Según Fletcher,” el situacionista entra en cada situación de toma de decisiones completamente armado con las máximas éticas de su comunidad y su patrimonio, y las trata con respeto como iluminadoras de sus problemas. De la misma manera, está preparado en cualquier situación para comprometerlos o dejarlos de lado *en la situación* si el amor parece estar mejor servido al hacerlo”

Por lo tanto, Fletcher argumentó que la Biblia y la moralidad sexual cristiana podrían servir como guía para la toma de decisiones, pero que todas las enseñanzas de la Biblia deberían dejarse de lado si, en sus palabras, “el amor parece estar mejor servido al hacerlo”. En 1970, Fletcher le dijo a un grupo de expertos en ética cristiana: “Estoy dispuesto a argumentar con la mayor seriedad que la obligación cristiana exige mentiras, adulterios, fornicaciones y robos, y prometo romper y matar, a veces, dependiendo de la situación”. Fletcher claramente dejó su marca indeleble en la teología protestante liberal. Pero también lo hicieron otros como Paul Tillich y Reinhold Niebuhr.

John AT Robinson, un obispo incrédulo de la Iglesia de Inglaterra, en su libro *Sincero para con Dios*

igualmente continuó esta revolución. Harvey Cox de Harvard Divinity School, famoso por su libro, *La Ciudad Secular*. Cox dijo simplemente: “*Debemos evitar dar una respuesta simple de sí o no a la cuestión de la castidad prematrimonial*”. Bueno, como cualquier padre o pastor entiende bien, si no puede dar una respuesta simple de sí o no, entonces la respuesta es sí.

El marchitamiento del vicio

El filósofo Philip Kitcher hace la observación muy importante de que la revolución sexual no podría haber sucedido sin lo que él llama “el marchitamiento del vicio”. Lo que Kitcher también entiende es que el marchitamiento del vicio no podría haber sucedido sin que el debilitamiento del teísmo viniera antes.

La búsqueda moderna o posmoderna de la emancipación sexual no puede ser neutral cuando se trata de las enseñanzas de la Biblia y el testimonio moral del cristianismo histórico. No solo debe ser revisado, como lo fue el reclamo a mediados del siglo XX e incluso en la década de 1960, debe ser suplantado.

En términos de entender el desafío al que nos enfrentamos, comencé mi libro más reciente, “*No podemos estar en silencio*”, con una cita de Flannery O’Conner que dice: “*retrocede contra la edad tan fuerte como te empuja*”. Entender lo que se enfrentan es al menos parte del problema, parte del desafío. Comprender las raíces de la revolución moral requiere un pensamiento muy cuidadoso y el reconocimiento de que la revolución sexual no podría haber sucedido sin la secularización y que la secularización no podría haber progresado sin producir la revolución sexual.

Autor: **Albert Mohler**

Traductor: Daniel Valladares

Artículo Original:

[The Withering of Vice and the Sexual Revolution](#)